tuviera sobre su pasado derechos incotrovertibles.

No ignoraba que una mujer de talento puede encontrar medio de contener al hombre mas exigente con una sonrisa, una promesa vaga, una mirada á tiempo, cuatro palabras de efecto y otros recursos de ningun valor y de provechosos resultados.

Puso desde luego en práctica esta teoría, clavó sus grandes y hermosos ojos en Marcelo, y con una expresion llena de dulzura le dijo:

—He sido culpable, amigo mio.... Pero me arrepiento.... Perdonadme.

Marcelo estrechó con ansia la mano suave y delicada de la marquesa, y experimentó una conmocion violenta al percibir el calor de aquel cútis que tanto adoraba.

—¿Os convenceis—balbuceó—como no soy un loco, un extaño, un enemigo? ¿Os dignais ahora reconocerme?

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

LVI

—¡Qué cruel sois!—murmuró la marquesa bajando los ojos con extremada coqueteria.

—¡Yo!—repuso el militar.

—Sí, vos. Me habeis preguntado en un tono lleno de amargura si me dignaba reconoceros.

—Mi pregunta era natural, puesto que me tratábais como á un desconocido.

—Supe quien érais desde que os ví aparecer.. pero tenia para obrar así justísimas razones.

—No las comprendo.

—En las circunstancias difíciles dicen siempre las mujeres, por instinto, lo contrario de lo que sienten. ¿Como ignorábais esto?

—Pero ¿por qué engañarme? ¿Por qué tratarme con tal desprecio?

—Para desanimaros.... Para obligaros á salir de aquí.....

—¡Ah!—murmuró el jóven con abatimiento —¡me habíais olvidado!

Lazarine se encogió de hombros y bajó los ojos.

—¿Quereis obligarme á decirlo todo?—preguntó con voz desfallecida.

—Sí, decidlo.... Yo os lo suplico.... Cualesquiera que sean vuestros sentimientos, tengo derecho á saberlos. ¡Oh! señora.... No me oculteis nada.....

—Desde hace siete meses—dijo la marquesa,—sois para mí un objeto de constante preocupacion.

—¿Es verdad? ¿no me habeis olvidado? ¿Pensabais en mí?

—Contínuamente.

—¿Con cariño?

—Con inquietud. Estaba bajo la presion de este pensamiento: la casualidad podia poneros otra vez en mi camino, que yo creia desconocido, y colocarnos otra vez frente á frente.

—¿Y qué teníais que temer por eso?

—De vos nada. De mí mucho.

—¿Por qué?

—Vuestro recuerdo me causaba una turbacion inmensa. Queria apartarla y se imponia á mí, turbando mi reposo y mi sueño. Presentia el peligro cuando os habeis aparecido ante mis ojos. Quise en el primer momento alejaros á toda costa y por cualquier medio. Perdonadme.... tenia miedo.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

—¡Miedo de mí, que os adoro!—exclamó Marcelo.

—La cobardía no razona. Repito que tuve miedo.

—¿Y ahora?

—Ahora los hechos han triunfado de mi resolucion. Estaba escrito que no nos hemos de separar. Cúmplase el destino.

—¿De modo—dijo Marcelo—que ya no tendreis miedo de mí?

—Pondré los medios para no tenerlo.

—¿Consentireis en recibirme?

—Sí.

—Yo os amo.

Lazarine clavó los ojos en el oficial, envolviéndole con una mirada, y luego entornó los párpados, proyectando sobre su pálidas mejillas la sombra de sus largas pestañas.

Y luego murmuró esta frase, que salió de su boca como un suspiro:

—No tengo el derecho de prohibíroslo.

El oficial, loco de amor, se dejó caer de rodillas á los piés del sillon en que la marquesa acababa de sentarse, y apoderándose de sus dos manos las cubrió de apasionados besos.

—Levantaos—dijo la marquesa,—tomad asiento cerca de mí, y hablemos cuerdamente.